



Bellas, ¡pero vivas!

Se dice que las damas harían lo que fuera por (idealmente) conservar o (ya qué remedio...) recuperar su belleza. Ahí les va un torito: ¿serían capaces de inyectarse la sustancia más venenosa que conoce el ser humano para deshacerse de las nefastas patas de gallo? No es una cuestión meramente retórica; eso es exactamente la última moda.

Botox, uno de los medicamentos que mejor se han vendido recientemente, es una TOXina purificada de la bacteria que causa el BOTulismo, que efectivamente es el veneno más potente conocido: basta inhalar un miligramo para matar una persona. Desafortunadamente, se ha comprobado la terrible eficacia del tóxico, pues también es la sustancia que, literalmente, ha hecho de una lata echada a perder la última cena de todos los partícipes de la comida. La toxina del botulismo (Botox) actúa uniéndose a las terminaciones nerviosas del músculo donde impide la liberación de acetil-colina, el neurotransmisor que ocasiona la contracción muscular. En términos laicos, congela al músculo como está, pues puede ocasionar tanto parálisis como falta de tono muscular. En los setenta precisamente por eso se comenzó a utilizar —obviamente en dosis increíblemente bajas— para tratar algunos padecimientos debidos a una excesiva contracción muscular, como el estrabismo. Jean Carruthers, una oftalmóloga canadiense, notó que una de las pacientes que recibió inyecciones de Botox para tratar un excesivo parpadeo, de paso se deshizo de las patas de gallo y las arrugas del seño. Ni tarda ni perezosa, Carruthers y su esposo que resulta ser dermatólogo, iniciaron una exitosa clínica de eliminación de años a punta de inyecciones de veneno... Y como se dice, el resto es historia.

Primero fueron sólo las estrellas de cine y las damas pudientes las que podían pagar el tratamiento. Pero como todo producto sujeto a las leyes del mercado, con la mayor producción del mismo vino un considerable descenso del precio. Hoy en día, en Inglaterra incluso se puede comprar Botox en la farmacia sin necesidad de receta médica; y el fármaco se convirtió en motivo (¿pretexto?) para organizar encerronas femeninas en que —según me cuentan— corrían cantidades similares de viales de veneno que de botellas de champagne.

Para darse una idea del auge del producto Allergan, la compañía que produce el Botox, obtuvo con él ganancias de 19.5 millones de dólares en 1992 y de 210 millones en 2001. Considerando estas cifras, no resulta sorprendente que la farmacéutica insista en que se trata de un producto seguro. Y en efecto, son raros los casos en que los pacientes presentan complicaciones atribuibles a la inyección del medicamento. Es importante mencionar que, aunque el uso cosmético es el que probablemente llame más la atención, el Botox se emplea para tratar exitosamente muchos otros padecimientos, como la distonía cervical (un desorden neurológico que causa dolor severo de espalda y hombros), hiperhidrosis (sudoración excesiva), espasmos secundarios al mal de Parkinson, y varios problemas musculares infantiles. En algunos casos, incluso se ha podido evitar la cirugía mediante el tratamiento con inyecciones de Botox para modificar ciertos músculos, pues una sola aplicación tiene un efecto durante unos tres meses. Y es sobre todo en este tipo de pacientes en que Botox ha demostrado tener un perfil de seguridad muy bueno; se calcula que uno por ciento desarrolla síntomas adversos. Pero desde luego no se ha reportado ningún efecto secundario grave, así como tampoco ninguna muerte.

Y no es tan sólo prurito profesional... Botox es una de las sustancias incluidas en la lista negra del Departamento de la Defensa de los Estados Unidos como probables armas biológicas a emplear por los supuestos "bioterroristas", en caso de que pudieran convertirla en aerosol. De los estudios clínicos que acabo de citar, se desprende que la toxina aparentemente no se distribuye demasiado en el cuerpo después de ser inyectada, pues de lo contrario ya habría habido varias víctimas mortales.

Sin embargo, no se cuenta aún con estudios serios que determinen la toxicidad a largo plazo del compuesto. No hay que olvidar que se trata de una de las sustancias más venenosas del mundo; y que a Napoleón le consta(ría) que aunque un tóxico en pequeñas dosis no afecta a nadie, a la larga sí lo puede llevar a la tumba...